

LOS BAROJA Y DEBA

Javi CASTRO

En este año 2006 se cumplen 50 años del fallecimiento de Pío Baroja y por lo tanto es una buena razón para incluir en las páginas de esta revista Deba un breve recuerdo a don Pío y a su saga familiar de los Baroja.

Extraído del libro "Los Baroja" de Julio Caro Baroja se cita una breve mención de don Pío con la Fundación Ostolaza y Deba :

Dentro del País Vasco y de Navarra mi tío "gozaba" de una fama terrible. De un lado tenía que contar con la hostilidad del elemento carlista, ultraconservador, de Pamplona. De vez en vez El Pensamiento Navarro lanzaba su andanada contra el réprobo. En Guipúzcoa y Vizcaya existía otro grupo que le era muy hostil: el constituido por los nacionalistas clericales que leían Euskadi y El Día, periódicos de Bilbao y San Sebastián, respectivamente, y a los que mi tío consideraba aún "bizkaitarras". En El Día, un hombre con final de vida trágico, Aristimuño, el cura fusilado durante la guerra, que firmaba con el seudónimo de "Aitzol", escribió varios artículos furibundos contra mi tío. La moderación no podía imaginarse en aquellos grupos. Pero a veces mi tío provocaba las iras de sus paisanos, de modo deliberado. Podía hacerlo sin mayores consecuencias porque los ataques violentos, escritos, dirigidos hacia su persona, más le regocijaban que le afligían.

Los escándalos que provocaba a propósito eran como para hacer estremecer a los muchos timoratos del pueblo. Uno lo originó la biblioteca que fundó cierto señor Ostolaza, indiano a la antigua, en la escuela que creó en su pueblo natal, Deva. El obispo de Vitoria, el pobre don Mateo Múgica, fulminó contra ella porque contenía libros prohibidos. Mi tío salió en su defensa, haciendo ciertas consideraciones no muy favorables acerca de la inteligencia del prelado y al punto llovieron sobre los periódicos telegramas de protesta, cartas insultantes y airadas, considerándole sacrílego, brutal, etc., etc.

También el propio don Julio tuvo sus andanzas por la zona:

Volví durante varios veranos a acompañar a Aranzadi y a Barandiaran en campañas de excavaciones. No ya en Vizcaya, sino en una tierra mas familiar, en Iciar. Vivíamos durante ellas en una fonda muy simpática, que era la de Salegui. La cueva a donde íbamos quedaba pasando un barranco, enfrente y algo mas baja que la carretera. Aranzadi tuvo alguna vez dificultades para bajar. Pero allí se sentaba en la boca, como siempre, mirando lo que salía con atención. La voz cantante la llevaba Barandiaran. Tenía a su servicio dos caseros vecinos que eran los encargados de cavar y limpiar. Uno viejo y otro mas joven. Echaba grandes parrafadas con los dos y sobre todo las ideas del viejo le producían particular regocijo. Sabía muy poco castellano y de modo "sui generis", de suerte que cuando lo empleaba decía, por ejemplo: << Dame el "matrallo", o "matrallo" >>, a secas. En cambio, en vasco, decía: << Escartzu martillua>>. El viejo se distinguía por su avaricia y el joven contaba que una vez se había puesto muy malo su suegro, viejísimo a su vez. El médico había recetado alguna medicina que resultó cara y, al dársela el yerno, de malos modos, le había dicho: <<¡ Tenga! ¡ Y que sea la última vez!>>. Como quien conviene a un niño. Como muchos caseros, creía que los únicos que trabajaban de verdad eran ellos. Por lo demás era un buen hombre, y a Aranzadi le llevó al hombro un día, como si fuera San Cristóbal. A la tarde dábamos un paseo por los hermosísimos campos de Iciar, frente al mar. Barandiaran leía algo y Aranzadi comentaba. Durante varias tardes se leyó un libro de Campión sobre Lingüística, que no convenía mucho a ninguno de los dos y recordaban anécdotas regocijantes por esos mundos.